

La ideología, otra vez: artefactualidad y acontecimentalidad en la configuración del espacio público contemporáneo

Ideology, again: art-factuality and event-mentality in the configuration of contemporary public space

Natalia Romé

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Resumen

El artículo explora algunos de los rasgos de la artefactualidad y acontecimentalidad del espacio público contemporáneo, a la luz del caso argentino, con el objeto de ofrecer un análisis ideológico que dé cuenta de una doble dimensión. Por un lado, un debate teórico respecto a cómo pensar las dimensiones tecnológicas de la configuración ideológica del espacio público y por otro, la elaboración de una serie de conjeturas concretas respecto del caso analizado. Especialmente, sobre el modo en que en la coyuntura argentina reciente se tensan ideología y política, bajo la forma comunicacional del sondeo, la configuración de una *identidad ampliada* –la gente- y la estructuración de una temporalidad del pleno *presente*.

Palabras clave: artefactualidad, espacio público, ideología, opinión pública, política.

Abstract

This paper explores some of the features of art-factuality and event-mentality of contemporary public space, in the light of the Argentine case, in order to provide an ideological analysis that takes into account two dimensions. On the one hand, a theoretical debate about how to think technological dimensions of the ideological configuration of public space, and, on the other hand, the development of a number of specific assumptions regarding the case that is analysed, especially about how in the recent Argentinian conjuncture ideology and politics are in tension, under the communicational form of surveys, the configuration of an enlarged identity –the people– and the structuring of a full present temporality.

Keywords: art-factuality, public space, ideology, public opinion, politics.

La novedad del reciente triunfo electoral de la derecha en Argentina ha sumergido a los intelectuales de los sectores populares en un profundo estado de perplejidad. La velocidad y violencia con la que políticas públicas progresivas llevadas adelante durante la última década se retraen o eliminan, coincide con una relativa pasividad de amplios sectores medios y humildes que no parecen visualizar los riesgos de la reducción manifiesta de espacios democráticos, el avance notorio de poderes económicos internacionales en el diseño de políticas económicas en detrimento del trabajo y la producción nacional, e incluso, la represión explícita, el desempleo planificado y el agravamiento de la inflación.

A la pregunta acerca de los motivos que llevan a amplios sectores populares a votar en contra de sus propios intereses, se suman los interrogantes acerca de los mecanismos de la indiferencia o la desmovilización frente al desguace de programas sociales y el reinicio de un ciclo de endeudamiento externo que, hace poco más de una década, era socialmente reconocido como uno de los principales obstáculos para el desarrollo económico, funcionando como un gran aglutinante del descontento popular. Más complejo se vuelve el panorama cuando se atiende a que, hace apenas unos meses, era relativamente compartido por el sentido común local el diagnóstico respecto de la madurez política alcanzada en la última década por una mayoría del pueblo argentino y se daba, incluso, por sentada su capacidad para defender conquistas históricas y derechos adquiridos.

La vertiginosidad de este trastocamiento, el enrarecimiento que ha provocado –no tanto la opción electoral por un partido de derecha que supo desdibujar a tiempo algunos de sus rasgos, sino la posterior serenidad popular ante medidas claramente antipopulares- ha llevado a la reedición de los interrogantes que movilizan las formulas de la servidumbre voluntaria y la dominación ideológica. En este marco de confusión y perplejidad, un riesgo se presenta para el pensamiento. La constatación del poder fáctico de los conglomerados mediáticos, su capacidad para convocar solidaridades internacionales e incidir en el interior de procesos políticos, conduce a una inferencia que, por el peso de su evidencia, parece irrefutable: se trata nada menos que de la antigua tesis de la manipulación de las conciencias –en este caso, por un capilarizado y sofisticadísimo dispositivo infocomunicacional, de propiedad concentrada a niveles inéditos que se presenta, nuevamente, como imbatible.

El vasto artefacto presta su porte a las conclusiones precipitadas. ¿Quién podría obviar la incidencia del dispositivo de la info-comunicación mundializada en la configuración de gramáticas de visibilidad, presentación y representación que dan forma al espacio público y modelan la experiencia social y subjetiva de las intervenciones? ¿Quién podría dudar, en nuestros días, de la eficacia de las tecnologías de propiedad

descomunamente concentrada, producción global de contenidos y gestión de telecomunicaciones?

Nadie parece dudarlo. ¿No consiste esto suficiente motivo para producir alguna pregunta? En todo caso, esta constatación nos obliga a colocar un nuevo esfuerzo por volver a pensar lo que se presenta como ya pensado.

Desde luego, sería absurdo negar la capacidad lograda por el complejo telecomunicacional (que articula el *broadcasting* tradicional con una miriada de dispositivos en permanente mutación) para dar forma al espacio público, estructurando nada menos que las coordenadas espacio/temporales de la experiencia social y subjetiva. Como diría Jacques Derrida, hace ya bastante:

¿Quién pensaría su tiempo hoy, y sobre todo, quien hablaría de él, les pregunto, si en primer lugar no prestara atención a un espacio público, por lo tanto a un presente político transformado a cada instante, en su estructura y su contenido, por la teletecnología de lo que tan confusamente se denomina información o comunicación? (1998, p. 15)

La cuestión no es en absoluto, deshacerse del problema, sino volver a pensar los términos de su planteo. En ese planteamiento surgen dos grandes desafíos, dos rasgos que se presentan de un modo tan obvio que parece resistir a toda reformulación de la mirada analítica: la condición *artefactual* (en sus diversas manifestaciones, del fetichismo técnico, de la artificialidad del artificio, de la evidencia bruta de su materialidad) y la condición *acontecimental* (del fetichismo futurista, de la resignación ante lo completamente inédito, de la impotencia de la memoria como entrada analítica).

Contra estas dos rotundas evidencias que funcionan como límites al imprescindible esfuerzo de pensar mejor nuestra coyuntura, proponemos un abordaje de la reciente experiencia política argentina, atendiendo al modo en que las dimensiones política y comunicacional se imbrican. Partimos para ello de un axioma que conviene explicitar aquí mismo: el lugar, la eficacia de la dimensión comunicacional en la vida social no puede pensarse sino a condición de evitar toda consideración regional de la comunicación (como una cierta ingeniería del discurso y la propaganda, o como una zona específica o especializada de prácticas –los medios), y su contracara, la consideración de la política como un atributo, un objeto discursivo o una materialidad anterior a la comunicación. Para decirlo brevemente: pensar el dispositivo comunicacional exige operar una ruptura con toda forma de negación de la *politicidad inherente a la comunicación*. Más todavía, pensar la eficacia comunicacional del dispositivo no es sino pensar sus formas de negación de la politicidad que es su exterioridad inmanente.

Es en este sentido que puede recuperarse de Derrida la advertencia sobre la simple denuncia del artificio del constructo informativo. Esta no puede sino reponer el simulacro, repetir el “embuste del embuste”, aspirando a una naturalidad de la vida social, tan inexistente como *abstracta* y por lo tanto, ella misma también cribada, construida. No radica en la condición ficcional, sino en la ilusión de su posible denegación, la eficacia ideológica. La crítica no puede entonces contentarse con indicarla.

Tampoco se trata de separar, en la superficie del acontecimiento, su componente *virtual*, porque la virtualidad se imprime en la estructura misma del acontecimiento y reconocerla no es, hoy, ni la sombra de un “develamiento”, más apenas la ilusión de restitución de un tiempo para siempre perdido. Se trata en cambio de revisar la politicidad de las temporalidades manifiestas y tachadas, las operaciones realizadas en ellas, para reponer a un mecanismo que existe tanto para ordenar lo imprevisto en la novedad, como para borrar en ella las innegables marcas de la tradición y el conflicto de sus memorias.

La deconstrucción necesaria de esta artefactualidad no debe servir de coartada (...) hay que hacer, por lo tanto, todo lo que esté a nuestro alcance para prevenirse de ese neoidealismo crítico, y recordar, no sólo que una deconstrucción consecuente es un pensamiento de la singularidad, por ende, del acontecimiento, de lo que conserva de irreductible, sino también, que la información es un proceso contradictorio y heterogéneo(...) Por más artificial y manipuladora que sea, no puede no esperarse que la artefactualidad se rinda o se pliegue a la venida de lo que viene, al acontecimiento que la transporta. Y del que aportará testimonio, aunque sea, en defensa propia (Derrida, 1998, p. 18).

Se trata entonces de asumir con seriedad la consideración de esa condición *inherentemente contradictoria del artefacto y el acontecimiento que testimonia aun prohibiéndolo* “en defensa propia”. Y se trata, también por ello de pensar la virtualidad de su temporalidad, recuperando en lo “inédito” las memorias de la prohibición que no puede sino ser retomada, cada vez, para volver a depurarse y que existe como esfuerzo de conjurar aquello que no cesa de oponérsele.

Lo viejo de lo nuevo: el campo y el pecado de la patria.

En 2008 el mundo capitalista sufría una fuerte crisis financiera que intensificó un proceso de desdemocratización que algunos autores identifican incluso como un tránsito desde formas democráticas de baja intensidad hacia formas manifiestamente pospolíticas (cfr. Brown, 2005; Žižek, 2013). Ese año, 2008, el gobierno argentino enfrentaba una importante crisis política motorizada por las principales cámaras

empresariales de los agronegocios y el poder mediático concentrado.¹ Se trataba, sin dudas, de una disputa distributiva, pero no eran únicamente económicos los elementos en pugna, la configuración agonal de la coyuntura hundía sus raíces en las napas simbólicas e imaginarias de la compleja genealogía de la inserción argentina en el capitalismo global.² Una tensión que convoca las coordenadas más profundas de una narrativa nacional y que, cada tanto y en las circunstancias más diversas, vuelve a editar bajo nuevas formas la contradicción interna que atraviesa un denso espacio signifiante organizado en torno de la categoría *patria*, condensando y separando márgenes naturalistas y artificiales de la identidad nacional.

El “Campo es la Patria” se cristalizó entonces como el vértice de una articulación signifiante amplia que conjugaba motivos asociados a la pujante inserción del país en el esquema del comercio mundial de principios del siglo XX (el mito de la Argentina “granero del mundo”) con una proliferación de imágenes naturales de la ruralidad, el trabajo físico en la labranza, la simpleza de la vida pampeana. Se consagraba así una suerte de aporética metáfora de la “productividad natural” que confrontaba con la prepotencia de un estado obstruccionista de los libres flujos de la abundancia social y ocupante ilegítimo del espacio semántico de la patria. *Campo* y *Patria* volvían a colocar, en el corazón de la escena pública, la violencia de una torsión operada a principios del siglo XX, en la que la domesticación estética de los temas, motivos, figuras e imágenes del universo rural, coincidía con una operación de disciplinamiento de la fuerza de trabajo y consagración institucional de las jerarquías sociales, culturales e identitarias. *Campo* y *Patria* confluyen malamente, desde entonces, en la historia de una contradicción sumamente productiva, en la que elemento *patriótico* vuelve, una y otra vez, a ser objeto de disputa; en la medida en que resulta sede de una ambivalencia irresoluble entre su innegable significación *política* (artificiosa, pactista) –aquella que conecta con el mito fundacional de la revolución independentista- y los diversos

¹ En ese contexto, diversos sectores sociales y políticos –algunos ya oficialistas y otros menos– coincidieron en apreciar las circunstancias en los términos de un “clima destituyente”. Pareció tratarse entonces del modo de inscripción argentino en la serie de nuevas formas de conspiración de los poderes fácticos contra los gobiernos populares latinoamericanos –probablemente homologas a las acontecidas en Bolivia (2008), Ecuador (2010), Ecuador (2012), Venezuela (2013).

² En este sentido, un pasaje de uno de los discursos más recordados ofrecido por la entonces presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner, ofrece interesantes indicios: “La fórmula de ‘la Argentina del Centenario’ agroexportadora, únicamente la riqueza concentrada en unos pocos y el resto la ‘ñata contra el vidrio’, duró poco. Con el voto popular, sube al gobierno de Hipólito Yrigoyen. Luego, probaron, a partir de 1930, con los golpes militares. Luego, vinieron los gobiernos de signo popular que traicionaron el mandato y se convirtieron en los gobiernos más liberales y seguidores del Consenso de Washington. Luego, probaron con un partido popular, centenario y democrático, con un sector del progresismo, casi nos vamos todos al tacho.” (Fernández de Kirchner, C. Bs.As. 28/03/08).

esfuerzos históricos por vincular esa narrativa a las formas ideológicas pastoriles de un proceso de concentración de la propiedad agrícola durante el siglo XIX.³

En esa trama procesual, el componente artificioso, estatalista, entrelazado con una memoria afectiva de la heroicidad popular –de los ciudadanos levantados en armas durante las invasiones inglesas (Sábato, 2005)- habita las imágenes de celebración de la abundancia productiva de la pampa argentina, como un resto imposible de tramitar. En todas ellas, redicciones del mito edénico del estado de naturaleza, reconciliado consigo mismo- éste se ofrece como siendo inmediatamente observable en cualquier presente social, siempre presto a ser leído en rasgos que se presentan como sus manifestaciones directas (la simpleza del hombre de campo, la rusticidad de sus manos y sus palabras, su trabajo en horas del alba) y que no constituyen sino metáforas, infinitamente mediadas, de la génesis de la nación, argamasa natural de la patria, abstraída de toda opacidad u artificialidad política.

...todas las abstracciones sociales de las que hemos hablado, en particular el derecho y el Estado, que garantizan la apropiación corporal de lo concreto, están ausentes del paraíso o del estado de naturaleza. Como las relaciones entre los hombres son transparentes y sin residuo opaco, como nunca hay conflicto ni delito, no hay necesidad de derecho ni de tribunales ni del Estado (...) Con todo, bien sabemos que esta historia demasiado bella siempre termina muy mal: el paraíso termina en el pecado y el estado de naturaleza en las catástrofes del estado de guerra. Y en las dos ocasiones, lo que desencadena la tragedia es, casualmente, algo que tiene una relación con la moral, el derecho y la política, es decir, justamente con esas abstracciones sociales de las que los hombres no pueden prescindir y de las que los mitos del paraíso y el estado de naturaleza se desentienden, de las que hacen *abstracción* (Althusser, 2015, p. 95).

Este fragmento en el que Althusser lee la racionalidad teológica del mito burgués del estado de naturaleza, permite poner de relieve la operación ideológica por excelencia de todo proceso narrativo –que de un modo más o menos sofisticado apunta a formas de discurso manifiesto y propone lecturas directas. En el mito edénico, Dios mismo no podría librarse de la *ley universal abstracción*, y todo esfuerzo por eliminarla, regresando a la inmediatez de la experiencia directa de las cosas (de la abundancia directamente disponible o del sentido, accesible a una lectura transparente), vuelve esa abstracción objeto de una *prohibición*. La

³ De diversos modos, la genealogía de la articulación entre las categorías de Patria y Nación, que puede recuperarse en el arco que une los discursos de la generación del 37 –ordenadores del mito fundacional de la revolución de mayo- con la ideología positivista de principios del siglo XX puede leerse en este sentido (cfr. Chiaramonte, 2004, Wasserman, 1998; Sabato, H y Lettieri, 2003).

transparencia o la inmediatez no son sino esfuerzos de prohibición de las abstracciones sociales que las producen.

En este sentido y en una de sus dimensiones, la violencia entramada en la operación de identificación entre el Campo y la Patria que cifró la crisis política de 2008, exhibe en toda su imposibilidad el punto ciego de su conjunción contradictoria. Porque *patria* convoca la memoria de una inherente opacidad política, cuya prohibición sostiene la trama lisa de las narrativas identitarias. Pero esta vez, la celebración naturalista de la abundancia edénica reaparece, en la reiteración de esta conjunción, con formas renovadas de societalismo neoliberal. En ellas, la afectividad candorosa de lo simple, se anuda a formas sofisticadas –gestionarias e ingenieriles- de restablecimiento de la literalidad comunicativa y a lógicas de prohibición del artificio político trasmudadas en estrategias de *accountability*. Se trata, una vez más, de esfuerzos siempre imperfectos de abstraer de las configuraciones de la visibilidad social, los mecanismos opacos resultantes de procesos históricos de acumulación del capital.

Si, en este sentido, explorar las formas actuales de la disputa por el espacio semántico de la *patria* requiere dar cuenta de la *artefactualidad* y *virtualidad* que el dispositivo telecomunicacional imprime en la configuración de las abstracciones que organizan el espacio público contemporáneo, esto no significa reducir la indagación a la condición retórica o artificiosa de sus fórmulas, ni a su capacidad falseadora, ocultadora de unos contenidos. Sino que apunta al modo en que estos reeditan los mecanismos ideológicos que dan forma a nuestro lenguaje mismo y a los pliegues materiales de sus *abstracciones*. Son esos procesos de abstracción –singulares cada vez, como singulares son los mecanismos tecnológicos que los cifran- los que dan forma al *espacio público*.

No se trata allí de pensar qué es lo que entra y lo que no, lo que se visibiliza y lo que se oculta (no es un problema de agenda). No se resuelve, por lo tanto, simplemente multiplicando los canales, las voces, los accesos (aunque, lo sabemos, esto no sea nada sencillo en términos de batallas concretas, ni puede desestimarse su reivindicación). Porque ¿acaso no es esa la gran promesa de la Sociedad de la Información? ¿acaso no asistimos a un mundo donde la visibilidad es infinitamente más extensa e intensa, al punto de volverse tema cotidiano de cualquier conversación?

Aquello que las reivindicaciones contemporáneas de la transparencia, la multiplicación pluralista de los prismas, los puntos de vista y demás metáforas ópticas no plantean, es la *pregunta por el régimen o regímenes de esa visión*. Y esto apunta a las maneras en que sus gramáticas de construcción y enunciación dan forma y carne al espacio público. Los modos de producción de sus metaforizaciones, las prohibiciones sobre las que se asientan sus abstracciones.

Por lo tanto, no alcanza y carece de sentido crítico (o peor, retoma el peor de los sentidos, el más ideológico y más antipolítico) denunciar al

dispositivo técnico por su condición de artificio, o adjudicarle (dirimiendo entre la esperanza y la resignación) una potencia creadora de lo puramente nuevo. No alcanza tampoco con reponer las metáforas de la visión; no sólo no alcanza, sino que es la peor de las estrategias, la que refuerza la condición propiamente ideológica de los discursos mediáticos de borrar las huellas de sus condiciones de producción (el “embuste del embuste”, diría Derrida).

Según demuestra Michel Pêcheux, comprender lo propio del mecanismo ideológico es asumir su virtud para desplegar “*la contradicción de dos mundos en uno solo*, puesto que, según la frase de Marx ‘lo nuevo nace de lo viejo’, lo que Lenin reformuló diciendo ‘Uno se divide en dos’ (Pêcheux, 2013, p. 7). La politicidad inherente a los procesos comunicacionales tiene que ver con esta contradicción que existe en la misma medida en que existe la ideología, cuya función no es sino producir su eficaz prohibición. Porque es en tanto operación de abstracción que tiene la virtud de presentarse como inmediatez, que la ideología tiende a la literalización de la retoricidad de lo social, al aplanamiento de los espesores metafóricos en los que la memoria colectiva configura los modos múltiples de estar en el mundo *con otros*. Podemos identificar los artefactos de esa operación –sin duda, las TICs están hoy entre los principales– pero hacer de ellos la *fuerza* de la creación ideológica es perder de vista la pregunta que, ante los procesos ideológicos, no debemos dejar de hacernos: ¿por qué no dejamos de creer?

Si de lo que se trata es de pensar el modo en que operan los mecanismos *ideológicos* del decir, por lo tanto, su modo de movilizar abstracciones que funcionan en la justa medida en que desconocen las prohibiciones sobre las que se asientan; entonces, se trata de indagar los modos en que las narrativas actuales reinscriben las memorias de esas prohibiciones, produciendo nuevos efectos significantes y políticos. Esa es la cuestión de la virtualidad, como pregunta por la estructura del acontecimiento.

En este sentido, la ideología es un dispositivo práctico de producir la lozanía del espacio signifiante, ordenando también la estructura temporal de la experiencia. Esa lozanía se presenta hoy con la fuerza (ideológica) de una presencia total, un tiempo totalmente presente. La eficacia de su *virtualidad* no descansa tanto en lo que no permite ver de una realidad que le sería externa, como con lo que muestra *de más*. Los mecanismos ideológicos de nuestra actualidad se caracterizan por la producción brutal, desmesurada, de la sobreabundancia del presente, en base a una sobreexposición informativa. Todo a la vista, todo accesible, todo al *mismo tiempo*.

Sólo pensando esos aspectos estructurales de la temporalidad –sus mecanismos de cifrado– es que podemos empezar a formular la pregunta por la singularidad de *nuestra* actualidad. Y pensar esos aspectos

estructurales en virtud de una pregunta por los modos de la política, permite dar cuenta de las configuraciones subjetivas que, en su entramado, tienen lugar.

Interrogar la politicidad inherente a los procesos significantes y a los dispositivos comunicacionales que cifran su configuración material, no es sino cercar la singularidad de un pliegue en los plexos que estructuran el espacio público, y que en ellos funciona como figuración subjetiva, en el sentido de una torsión *reflexiva en y de ese espacio*:

Sujeto supone así una elaboración específica de la reflexividad. Esta reflexividad no debe necesariamente asociarse a la racionalidad (la ‘autocomprensión’ habermasiana), ni a la capacidad de cuestionamiento (Castoriadis). Son también parte y evidencia de esta reflexividad los anhelos, los temores, los deseos, las disposiciones para la acción, etc. Lo son en la misma medida en que la psique y el lenguaje nos habilitan no sólo a ‘pensarnos’, sino también –y hasta cierto punto- a sentirnos, a imaginarnos, anticiparnos (Caletti, 2011, p. 53).

La cuestión será entonces, identificar los *modos de subjetivación* ideológica correlativos a una estructuración plenamente presente de la temporalidad. Porque la operación ideológica de nuestra coyuntura simplifica la experiencia del tiempo y esa simplificación percute en las formas mismas con las que se organizan los esquemas subjetivos de intelección del espacio social. Esto tiene no pocas consecuencias, si aceptamos que una intervención política en sentido estricto es una operación temporal, una torsión en el tiempo.

Lo nuevo de lo viejo: la opinión de la gente

El modo en que el régimen contemporáneo de visión se despliega en nuestra coyuntura, es aquel en el que la artefactualidad mediática del espacio público y sus formas subjetivas otorga una particular preponderancia a lo que Badiou identifica como soberanía del espectador (2009, p. 21). El sujeto-espectador es inherente a una estructuración del espacio público en tanto que reino de las *opiniones*. La figura del “espectador del mundo” supone el primado absoluto de las opiniones y conduce a una doctrina del consenso “que restringe preventivamente lo real de los procesos militantes –la fuerza performativa de un decir comprometido, singular, subjetivo– a un ejercicio del ‘libre juicio’, separado tanto de los análisis objetivos como del orden de las acciones (Badiou, 2009, pp. 18-23).

No se trata, en efecto, de fijar máximas de acción, o de analizar configuraciones objetivas. La política se da en un juicio público en el que se enuncia si esto –que no es un objeto sino un parece- me agrada o me desagrade. Y la política se ejerce

en la discusión de tales juicios. Lo que la remite en definitiva, a la pluralidad de las opiniones (Badiou, 2009, p. 22).

En ese esquema, acción política y expresión de opiniones resultan prácticamente homologables. Y el dilema de la democracia queda así reducido a la cuestión de la co-presencia de las opiniones. Su igual-visibilidad.

Las coordenadas de esta modalización dan cuenta de cierta materialidad específica del dispositivo técnico pero, claramente, no se circunscriben ni dependen exclusivamente de él. No se trata del artefacto y una supuesta capacidad para “crear” o producir acontecimientos en el espacio público, sino la forma en que ese espacio se encuentra cifrado por una *artefactualidad* que, entre otros aspectos, tiene que ver con las posibilidades de la tecnología disponible y que configura un régimen de visibilidad que, en tanto que tal, da forma a unos visibles y los legitima borrando las huellas de su producción. Ese borramiento no tiene que ver con la selección entre unos acontecimientos y otros, sino que como hemos dicho, constituye una operación en la estructura del acontecimiento. Y en este sentido, caber pensar que el dispositivo que atraviesa las realidades que se invocan con nombres como “los medios” o “las redes” y da cuenta de regímenes de artefactualidad y acontecimentalidad operantes de modo hegemónico en el espacio público contemporáneo es el *sondeo de opinión*.⁴

Al sentido común se le hace razonable entender el sondeo como un gigantesco y multifacético artefacto dedicado a registrar voces en el silencio. Hasta parecería merecedor de agradecimientos semejante artefacto, por su tan noble tarea de informarnos en ocasiones acerca de lo que algunos (que, por lo demás, nos “representan” estadísticamente a todos) han hablado, aunque nada hayan efectivamente dicho ni querido decir. Lo que queda opacado en esta naturalización es (...): ese

⁴ “No suponemos que la del sondeo sea la única operación contemporánea que se coloque en ese lugar del decir que reivindicamos como constitutivo de la política. También, claro está, existen la oratoria de los dirigentes, los mítines de la protesta y la desesperación, las entrevistas periodísticas, los grafiti callejeros, las retóricas parlamentarias, las violencias del exterminio y la venganza, etc. En todas ellas, la calidad del decir puede estar (y convendría que estuviese) bajo examen. En todas ellas este siglo XXI se insinúa sombrío. Pero nos centramos en el sondeo porque algo especial ocurre en torno de él, algo que no debería

pasarnos inadvertido. Por ejemplo: se ha convertido en el principal recurso de contacto entre dirigentes y ciudadanía (incluso por encima del voto, que va convirtiéndose en su prolongación o en su simple sanción ritual); se expande, junto con la publicidad política (su perfecto complemento) a un ritmo más intenso que cualquier otra herramienta para la acción y en detrimento de todas las demás: cualquier sondeo puede reorganizar los términos de un debate en ciernes o concluir con uno que esté en desarrollo; puede llevar al dictado de una medida o a suspenderla. Por fin, hay que señalar que condensa como ninguno, y a una misma vez, las lógicas del parloteo y del cálculo que paulatinamente perforan muchas de las otras modalidades aludidas que hacen a la política. Véase sino el parloteo, desde la ciudadanía: “sí”, “no”, “más o menos”. Véase el cálculo, desde las dirigencias: “esto son los temas que le interesan a la gente” (Caletti, 2006, p. 23).

cambio sustantivo realizado sin mucho aviso en las formas de la comunicación –y en particular, en las formas de la comunicación en el campo de la política– va de la interlocución a lo que la suprime (Caletti, 2006, p. 22)

La eficacia del sondeo como procedimiento de administración de la palabra en ese espacio supone una modalización específica de la visibilidad que podemos concebir como *presente pleno* y de las configuraciones subjetivas que podemos sintetizar denomina *identidad ampliada*.

En la tendencial identificación entre espacio público y *opinión pública*⁵ que el sondeo actualiza, la consideración del cálculo estadístico como sustituto evasivo del momento de decisión, restringe las posibilidades de la democracia a una imagen de consenso que se apoya en unos supuestos básicos: la desconsideración estructural de toda polisemia, la negación de la conflictividad sedimentada en las palabras y de la relación entre política y desacuerdo. El sondeo de opinión como artefactualidad del espacio público pone en juego una “doctrina del consenso” (Badiou, 2009) que desconociendo la conflictividad inherente a lo común y la opacidad discursiva de lo social, consagra las prácticas políticas al ejercicio gestionario de los mundos consagrados.

La sobrevaloración del consenso administrado conjuga la *plena visibilidad y la nula afectación*, en la medida en que admite una concepción de lo común que puede fantasear con abolir toda contaminación proveniente del encuentro con otros. La imagen gestionaria del consenso supone un acuerdo inmediato, sin ruido, opacidad, incompreensión. Una suerte de *pluralismo sin acoso*: un espacio en el que todos tienen lugar y son tolerados siempre y cuando no se *afecten* –ni se dejen afectar– y, por lo tanto no porten marcas, huellas de contactos. En este sentido, tal como advierte Žižek, se trata de una tecnología de gestión de la afectividad del común que modela una multitud paranoide, una “atemorizada comunión de personas atemorizadas”:

...el respeto a la alteridad y la apertura hacia ella, se complementa con un miedo obsesivo al acoso (...) Lo que emerge a pasos agigantados en la sociedad tardocapitalista como el derecho humano central es el derecho a no ser acosado, que el derecho a permanecer a una distancia segura de los demás (2013, p. 57).

Es por ello que el *consenso* y el *pluralismo* constituyen las principales criterios de organización del sentido común. Ambos requieren que nada

⁵ Esta identificación no constituye en absoluto una fórmula novedosa y no se trata aquí de poner en discusión la condición histórica de las fórmulas filosóficas que la dan por sentada. Lo que interesa aquí es el modo que asume esa identificación en la operación del sondeo. No es la opinión pública la cuestión sino los mecanismos de su configuración organizados por un conjunto de prácticas, saberes, supuestos que resultan en el dispositivo del sondeo de opinión.

resulte de la circulación y procesamiento de los decires; que no se compongan ni imágenes ni narrativas colectivas en la mixtura de sedimentos del lenguaje y experiencias heterogéneas.

El espacio público resulta depurado –y resguardado- de los conflictos de la memoria. Y es así, entonces, que se constituye como un espacio plenamente *presente*, en el que la pluralidad más abundante es bienvenida.

La supresión de interlocución devenida inmediata pluralidad admite una configuración subjetiva singular que ha dado en nombrarse como *la gente*. En tanto que pliegue subjetivo de ese espacio, la gente constituye una forma identitaria ampliada, *límite*, porque ocupa el espacio común por entero. *La gente* totaliza el campo de las identidades sociales, es idéntica a sí misma y por lo tanto, plenamente presente. *La gente* no aloja en sus nombres las marcas de una memoria política. No tiene marcas en virtud de las cuales trazar diferencias, reconocer particularidades antagonismos.

Finalmente, el *mecanismo de abstracción* que produce esta plena presencia y la identidad ampliada y expandida de “la gente”, no se encuentra en absoluto oculto; por el contrario, su eficacia radica en la colocación de su condición artificiosa en el centro de la escena pública, su inclusión duplicada al infinito como tema de la agenda, la jerarquización de su discurso como saber experto acerca de lo social y no sólo acerca de las autopercepciones sociales, sino de las *acciones futuras* que se identifican inmediatamente con ellas.

Los resultados del sondeo devenidos ellos mismos, inmediatamente, acontecimiento de la opinión pública, disuelven la espera del porvenir, prohíben la distancia entre la captura del presente y la imaginación del futuro.

Unas notas impresionistas para concluir

En el diario argentino *Página 12*, del 18 de mayo de 2008, leemos en la nota titulada “*Como hacer para mezclar la patria con el campo*”:

“El slogan ‘Ponete la escarapela por el campo’ y el acto que se está organizando para el próximo domingo 25 de mayo en el Monumento a la Bandera de Rosario son parte de esa campaña comunicativa diseñada por el consultor Felipe Noguera para generar consenso ciudadano en torno al lockout patronal. La estrategia se complementa con monitoreos permanentes a través de encuestas que miden el impacto de la protesta en la población, pues los ruralistas no quieren dejar nada librado al azar.” (18.05.2008).

En el diario *La Nación* del 26 de noviembre de 2015, leemos una nota titulada “El primer presidente de Facebook”:

“La gente hablaría con Macri como lo hacen las audiencias, no solamente con sus mensajes e interacciones, sino también con su conducta. (...) Macri se contó a sí mismo mostrando ampliamente aquellas cosas que ocupaban su interés, en gran parte la gestión y la microgestión, pero también su interés por los animales, los momentos compartidos con su hija o su esposa, sus opiniones espontáneas sobre un tema cotidiano (...) Es interesante este punto para remarcar que las decisiones se tomaron sobre la incertidumbre y no sobre la certeza. (...) Macri eligió hablar como las otras personas en su mismo territorio y con el mismo lenguaje. Por eso puede decirse que es el primer presidente de Facebook.” (26.11.2015)

La artefactualidad que atraviesa el proceso que conecta aquel conflicto del 2008 con la reciente victoria electoral de la fuerza de derecha conducida por Mauricio Macri, sólo puede ser efectivamente *pensada* (es decir, evitando todo recurso al embuste del embuste) en virtud de la contradicción que le es a la vez inmanente y externa; aquella que da cuenta de la politicidad que la eficacia ideológica requiere prohibir: prohibición de la complejidad temporal en la inmediatez (abstracta) de la actualidad; prohibición del desajuste subjetivo en la plenitud de la identidad ampliada de la gente.

Esta configuración ideológica de la plenitud y la inmediatez, exige la negación del artificio político en la materialidad significativa del espacio público y la tramitación de su abstracción mediante el complejo dispositivo artefactual del sondeo como producción imposible de la inmediatez de las abstracciones o la naturalidad de lo societal.

La configuración temporal de la *presencia plena* (sin memoria ni porvenir) da testimonio de esa politicidad en el propio esfuerzo de conjurarla. Y, como dice Derrida: no puede no esperarse que, aunque más no sea “en defensa propia”, se rinda o se pliegue al “acontecimiento que la transporta”.

En la ideología de la *identidad* total de la *gente* puede leerse sintomáticamente la cifra de esa potencia política que no existe hoy sino como objeto de prohibición y como herencia de un enigma: “la Patria es el otro.”⁶

Referencias

- Althusser, L. (2015). *Iniciación a la filosofía para no filósofos*. Buenos Aires: Paidós
- Badiou, A. (2009). *Compendio de metapolítica*. Buenos Aires: Prometeo

⁶ El sintagma la patria es el otro fue formulado por la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner en un discurso celebrado en la Casa Rosada, en abril de 2013.

- Caletti, S. (2011). *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Laclau, Butler y Žižek*. Buenos Aires: Prometeo
- Caletti, S. (2006). Decir, autorrepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política y comunicación. *Versión 17*, 19-78
- Chiaramonte, C. (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana
- Derrida, J. (1998). *Ecografías de la televisión*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pêcheux, M. (2013). Osar pensar es osar rebelarse. Ideologías, marxismo, lucha de clases. *Décalages. An Althusser Studies Journal* 1(4), 1-23.
- Sábato, H. (2005). *Pueblo y política. La construcción de la República*. Buenos Aires: Capital Intelectual
- Sábato, H y Lettieri, A. (2003). La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces. Buenos Aires: FCE.
- Wasserman, F. (1998) *Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la generación del 37. Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*. Buenos Aires: UBA.
- Žižek, S. (2013). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Planeta.

Fecha de recepción: 27 de febrero 2016

Fecha de aceptación: 1 de abril 2016